



EL HEREDERO

"Una novela de una riqueza y una intriga insuperables, en que la evocación de una época pasada resulta tan vívida como nuestro mundo de hoy."

Katherine Neville

Sarah Smith

Annotation

'Una noche de 1905, en una estación de tren de Suiza, un anciano confunde al prestigioso científico europeo Alexander von Reidsen con un tal Richard Knight, un rico heredero norteamericano que desapareció a la edad de diez años, la misma noche en que su abuelo fue asesinado.

'Dos razones que sólo conoce el barón Von Reidsen le empujan a aplicar sus dotes científicas a esclarecer el misterio de este antiguo suceso. La primera es que exactamente diecisiete años atrás, cuando era niño y residía en África, Alexander von Reidsen fue adoptado. La segunda, que es incapaz de recordar su vida anterior al día de su adopción, que se produjo cuando tenía diez años.

SARAH SMITH

El heredero

Traducción de Victoria Simó

Ediciones B, S. A.

Sinopsis

'Una noche de 1905, en una estación de tren de Suiza, un anciano confunde al prestigioso científico europeo Alexander von Reidsen con un tal Richard Knight, un rico heredero norteamericano que desapareció a la edad de diez años, la misma noche en que su abuelo fue asesinado.

'Dos razones que sólo conoce el barón Von Reidsen le empujan a aplicar sus dotes científicas a esclarecer el misterio de este antiguo suceso. La primera es que exactamente diecisiete años atrás, cuando era niño y residía en África, Alexander von Reidsen fue adoptado. La segunda, que es incapaz de recordar su vida anterior al día de su adopción, que se produjo cuando tenía diez años.

Título Original: *The Vanished Child*

Traductor: Simó, Victoria

Autor: Smith, Sarah

©1999, Ediciones B, S. A.

ISBN: 9788440691514

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 18/12/2018

Sarah Smith

El heredero

TÍTULO original: *The Vanished Child*

Traducción: Victoria Simó

©1992 by Sarah Smith

© Ediciones B, S. A. 1999

Printed in Spain

ISBN: 84-406-9151-3

Depósito legal: M. 8.773-1999

A

S. M. B.

M.B.C.P.

J. U O. P.

con amor

omnia mei dona Dei

[Las desapariciones de niños] entrañan un dolor desgarrador, más fuerte incluso que el provocado por la muerte de un ser querido. Cuando nos enfrentamos a una desgracia concreta y consumada, el pesar se va mitigando con el paso del tiempo.

En cambio, la incertidumbre no hace sino incrementar el dolor a medida que se prolonga. La pérdida de un niño por la acción de un ser humano implica traición y crueldad, la desesperación de la familia, la desdicha del niño, su contacto con el crimen, su sentimiento de culpa o (un destino menos lamentable) su muerte temprana... [Con todo] el niño no será olvidado en el seno del amor infinito; el velo que nunca duerme lo amparará. La mano que ha tendido el velo lo levantará.

C. P. KRAUTH, introducción de

Charlie Ross the Kidnapped Child (1876)

Señor, Tú que apaciguaste las llamas para proteger a los tres niños, concédenos Tu misericordia y no permitas que las llamas del pecado nos consuman a nosotros Tus siervos.

Catecismo de Baltimore

1

EL BARÓN ALEXANDER von Reidsen perdió el juicio tras la muerte de su esposa y cinco años después aún no lo había recuperado. Sus amigos estaban preocupados por él. En cierta ocasión, hacia el principio, había intentado suicidarse; el que no lo hubiera conseguido les daba cierta esperanza, pues por lo general contaba con los medios y la suerte necesarios para ver cumplidos sus propósitos. Aun siendo víctima de la locura, Reidsen debió de dar por sentado que podría dispararse al corazón sin errar el tiro, y era de suponer que, de haberlo querido, a la primera ocasión se las habría ingeniado para corregir el error. Aún conservaba el arma, guardada en una caja oculta en un cajón, detrás de los gemelos, y padecía el mal que lo había llevado a intentar suicidarse, aquella extraña, inexplicable y aparentemente incurable locura.

—¿Aún crees que la mataste? —preguntó Louis.

Reidsen dejó de escribir en el cuaderno del laboratorio y alzó la vista.

—La maté. Ésa no es la cuestión.

Era el día de Nochebuena de 1905 y Reidsen estaba trabajando en el gélido laboratorio de la sección de química de la Universidad de Lausana. Sus notas sobre las conexiones neuromusculares estaban esparcidas sobre el banco del laboratorio junto a una caja refrigerada, con la tapa y los costados de cristal, donde Reidsen instalaba el galvanómetro de cuerda y otros aparatos de ensayo. Sin embargo, debido a que el aislamiento y la visibilidad eran incompatibles, en el laboratorio no reinaba una temperatura mucho más alta que en la caja. Las espirales de refrigeración y un motor eléctrico ocupaban casi toda la pared trasera y Louis se veía obligado a gritar para hacerse oír por encima del

traqueteo. Reidsen, que tenía frío incluso con el abrigo puesto, colocó las manos sobre el quemador Bunsen. En una bandeja de hojalata yacían tres ranas medio despata-rradas, aletargadas por el frío. Al percibir la sombra de las manos, una se agitó.

—Sabes que fue un accidente —insistió Louis.

—Claro.

Reidsen tomó una aguja para extraer médula y abrió la caja de cristal. Se preguntó hasta qué punto la sangre caliente del investigador alteraba el experimento. Tomó la temperatura a la rana y le pasó la mano por el lomo. El animal salió dando brincos por el banco, aterrorizado, hasta que el frío y las toxinas que se multiplicaban en sus músculos lo obligaron a detenerse. Doblando el cuello de la rana adelante, Reidsen palpó la suave piel e hincó la aguja en la base del cráneo, dirigiéndola hacia el cerebro. Movié la aguja adelante y atrás. Un suave estremecimiento recorrió a la rana, que se relajó en sus manos. Se suponía que el proceso era indoloro, pero Reidsen siempre había considerado aquel dato irrelevante; nada justificaba la muerte, por muy indolora que fuese. Tasy había muerto al instante y probablemente sin dolor.

«Sé que fue un accidente —pensó Reidsen—. Nunca me he negado a reconocerlo.»

La rana durmió lánguidamente en su mano. Rana eres y en experimento te convertirás. Sin perder un instante, cortó la piel de la pata y diseccionó el nervio y el músculo.

Louis Dalloz observaba el proceso por encima de su hombro; resollaba como uno de los cerdos que estudiaba y lanzaba vaharadas como un furioso Santa Claus francés. De las mangas de su viejo gabán salía un tufo como el que despiden los animales grandes y las cuadras. La bufanda, que le había anudado su esposa, le abultaba el cuello del abrigo. El sombrero le sentaba como una patada e incluso en su propia universidad habían llegado a confundirlo con un bedel. Sólo sus manos, de dedos cortos y delicados,

manchadas de ácido como las de Reidsen, parecían las de un químico.

—¿Cómo puedes soportar este frío?

—¿Cómo puedes soportar a los cerdos? El frío retrasa el proceso de recuperación.

—También retrasa tus reacciones. Esto no es un experimento, es un tormento. —Louis se sorbió, miró el galvanómetro de cuerda entornando los ojos y preguntó—: ¿Qué ha sido de tu ayudante de laboratorio?

—Se ha ido a Zúrich a pasar la Navidad.

—Y tú te quedas aquí para hacer un trabajo que cualquier ayudante podría llevar a cabo. Si estuvieras en París... Berthet no consiente que un hombre de veintisiete años viva como un monje. Al menos, no en París.

Reidsen tendió la mano y apagó el refrigerador. Por un instante, el silencio los ensordecía.

—No voy a ir a París.

Louis soltó un bufido y lo fulminó con la mirada.

—Escúchame, Louis. —Reidsen procuró no alzar el tono de voz—. Me gusta el equipo de Berthet. Sí, me agrada vivir en París y seguramente estaría a mis anchas allí. Pero ya lo hemos discutido. No voy a ir.

—No te consideras lo bastante bueno.

—Conozco tus tretas, Louis; no dará resultado.

—Te gusta Suiza. Quieres quedarte aquí y ganar dinero. —Louis jugueteó con el gran microscopio de Reidsen, desplazando el foco hacia arriba y luego enfocándolo de nuevo—. ¿Qué colorante es éste?

—El de Ramón y Cajal.

—Qué bonito.

—Es nuevo. Aquí no estoy desconectado del mundo —dijo Reidsen.

Louis alzó la vista hacia él.

—No —respondió—, estás a solas contigo mismo. Llevas tanto tiempo aislado que ya no sabes cómo entrar en una habitación llena de gente, ¿eh? Ni cómo hacer una

broma sin recurrir al sarcasmo. Eres como un animal salvaje acorralado, que gruñe —Louis enseñó los dientes convincentemente— porque no tiene otra opción y dice, incluso para sí, «*Je suis la bête sauvage*», estoy loco. ¿No ves que sólo tiene miedo de lo que vendrá? No me mires con cara de baron Von Reidsen, Sacha, te conozco desde que tenías diecinueve años.

Reidsen suspiró y devolvió la rana a su sitio.

—Haz algo útil, ¿quieres? Anota los resultados que voy a dictarte.

Louis soltó un sonoro suspiro y tomó la pluma. Reidsen colocó en el galvanómetro de cuerda una muestra translúcida de nervio de lo que hasta momentos antes había sido una rana. Como la corriente apenas contrajo el músculo, Reidsen fue aumentando su intensidad en brevísimos intervalos a la par que leía las cifras en voz alta.

—Ven conmigo a Génova, sólo unos días—dijo Louis—. Es Navidad. No te conviene quedarte aquí solo. Jeanne se preocupará por ti. Comeremos un buen cerdo asado, y toda la gente del laboratorio estará allí. Podrás desdeñar cuanto quieras nuestros métodos de investigación.

—No, pasaré el día de Navidad diseccionando inocentes ranitas.

Louis abrió la boca y la cerró de nuevo.

A partir de aquel momento entrarían en terreno peligroso, pensó Reidsen. Louis le preguntaría si sabía que la mayoría de suicidios se producían en vacaciones. «Mira Louis —pensó—; uno no se suicida porque sea Navidad.»

—Fuiste mi mejor alumno —declaró Louis mientras levantaba la mano como si se dispusiera a prestar juramento—. Y ahora... —Agitó los dedos, buscando las palabras—. Ahora puedes elegir entre trabajar para Berthet o para Sherrington, pero vas a echarlo todo a perder. No investigas, sólo te compadeces de ti mismo y justificas tu actitud con el sentimiento de culpa. Estoy aquí porque me preocupo por ti, eso es todo. He venido a congelarme el culo en esta

nevera que llamas laboratorio el día de Nochebuena para decirte que estás haciendo el tonto. No querías matarla. Sufriste una depresión nerviosa y creíste que lo habías hecho. Además, todo aquello sucedió hace cinco años.

¿De verdad?

—Y pasó en otro país y además la chica ha muerto. Nunca volverá a suceder, ya lo sé, pero no pienso ir a París.

Louis lo miró, rojo de ira.

—A veces te mataría. Acepta el trabajo y deja de representar a san Alejandro en el congelador. No te hace ningún bien.

En lugar de molestarse en responder, Reidsen se dedicó a mirar la mano alzada de su amigo. Era un gesto típico de Louis, el primero que uno adoptaría si se propusiera imitarlo: la mano en alto, los dedos en movimiento. «Esta es mi mano, ¿por qué se mueve?» A los diecinueve años, Reidsen se había matriculado en el curso de química de Louis porque había descubierto la pasión de su vida y había querido ver más de cerca aquellos gestos de campesino francés. Sin embargo, una vez allí, había hallado una pregunta que fue incapaz de responder.

Esa pregunta los había convertido en aliados desde entonces; esa pregunta y la perseverancia de Louis. A veces (no siempre, ni mucho menos) Reidsen se sentía agradecido por aquella amistad.

—A ver —dijo Reidsen—, ¿cuándo sale el próximo tren a Génova?

—Dentro de dos horas —respondió Louis al instante, y añadió—: ¿Vas a venir?

—Te llevaré a la estación. No querrás celebrar las Navidades lejos de Jeanne, ¿verdad? Pasaremos por el hotel y recogeremos tu equipaje.

—No encontraremos un taxi a las cuatro de la madrugada. Tendré que quedarme.

Reidsen echó un vistazo a las calles sumidas en la oscuridad; su aliento empañó la escarcha que se adhería a la

ventana.

—Te llevaré—se ofreció.

—En el auto —dijo Louis entre dientes, mirando al cielo con sarcasmo—. ¡En el sacrosanto automóvil de san Alexander Reisden! *Vierge Marie!*

«También acompaño a mis amigos de vez en cuando —pensó Reisden, abrumado por un súbito agotamiento—. No mato a todo el mundo.» Echó un vistazo a las ranas que seguían vivas y tomó una. El animal se movió un poco al notar el calor de su mano.

—Vive —le dijo a la rana, y la dejó caer entre las demás.

De madrugada, la estación de tren parecía un gran borrón negro y gris. El automóvil de Reisden llamaba la atención y dos o tres mozos de estación habían salido a mirarlo a la luz eléctrica de la calle. Era un coche deportivo en tonos bronce y verde cobre, el único vestigio de color en el frío amanecer. Louis se dirigió hacia la consigna de equipajes y regresó empujando un enorme cajón de embalaje.

—*Merde alors* —murmuró Reisden—; *merde absolue*.

Se oían gruñidos desesperados procedentes del cajón. Louis se arrodilló junto a los respiraderos situados a un extremo y murmuró a unas orejas invisibles, grandes y peludas:

—Cerdo, cerdito querido, *mon petit chou*, sólo un horrible viajecito en tren y estarás en una maravillosa granja de las afueras de Génova, donde saben valorar a los cerdos como tú.

¿Cómo había hecho Louis para encontrar un cerdo en Lausana en pleno mes de diciembre?

Louis no sólo tenía apariencia de granjero, sino que en efecto lo era. De pequeño había vagado por Francia descalzo, para aprender los misterios de la cría, la alimentación y la genealogía de los cerdos. Al estallar la revolución de 1870, se convirtió en un granjero semianalfabeto que se es-

forzaba por sacar adelante un curso de química en París. Cuando la Comuna fracasó, los amigos de Louis lo llevaron a Alemania para que conociese al único hombre que, por lo que sabían, se hacía las mismas preguntas que él acerca de los animales de granja. Rudolf Maty, desde las remotas alturas de una cátedra, le enseñó a Louis que la crianza de los cerdos sólo constituía la parte de un todo, que todo era un conjunto formado por distintos elementos, moléculas y átomos unidos en forma de tripas y músculos, grasa y huesos; que las moléculas se separaban y volvían a unirse, que el alimento se transformaba en el ser que se alimentaba, que todo formaba parte de un gran ciclo: maíz, cerdo y granjero. «La química de la vida», titulaba Louis sus clases. Lo normal habría sido que Reidsen, en tanto que aristócrata, encontrase aquellas charlas, como mucho, entretenidas. La gente de su clase consideraba que los hombres como Louis no tenían nada que decir.

La familia de Reidsen fue ennoblecida por Carlomagno. Los Reidsen habitaron el castillo de Rezény desde el siglo XIII hasta que cayeron los últimos trozos del tejado, hacía quince años, tras lo cual las dos tías decrépitas que allí moraban tuvieron que mudarse a toda prisa a unas habitaciones amuebladas de Salzburgo. Para tratarse de un aristócrata, Reidsen era deplorablemente moderno: tenía un oficio y ganaba dinero. Se consideraba una vulgaridad interesarse por cosas tan triviales como una profesión o los medios de subsistencia, según le había informado a Reidsen su tutor; gracias a su apellido se casaría con una muchacha de buena familia. Sin embargo, justo en la época en que empezaba a interesarse por la investigación bioquímica, Reidsen había descubierto la Bolsa; desde entonces, con toda vulgaridad, se las había ingeniado para que ésta sufragase los gastos del laboratorio.

—Necesita distraerse —le dijo Louis al cerdo—. Debería hacer lo mismo que tú, ¿eh, muchacho?

¿A qué se refería? ¿A someterse a experimentos, a ser sacrificado en aras de la ciencia o a montar a unas cuantas cerdas?

—No te preocupes, Louis —murmuró Reidsen. Se alejó y encendió un cigarrillo para disimular el ligero olor a verraco. Louis pensaba que Reidsen debía volver a casarse y, cuando el joven iba a Génova, Jeanne buscaba buenas chicas y las sentaba a su lado en las cenas. En cualquier caso, Reidsen sabía que nadie pierde la cabeza mucho tiempo si no es por una razón de peso. ¿Bioquímica o genética? Graf Leo y las tías habían muerto hacía muchos años y no tenía a nadie a quien preguntar por los genes defectuosos. De todas formas, le traía sin cuidado reproducirse; él sería el último Reidsen.

Un halo de niebla envolvía las luces eléctricas, y volvía a nevar; eran copos como agujas, transparentes y punzantes. Louis se acercó a él y en tono de indiferencia le dijo:

—Sube al tren, llegarás a París dentro de pocas horas. Pruébalo, a ver qué tal.

Reidsen se encogió de hombros.

—Me gusta trabajar solo.

—No —dijo Louis, y al ver que el otro lo miraba sorprendido, añadió—. No te mientas a ti mismo, Sacha, aquí vives igual que un muerto. Como mucho, intercambias unas palabras con tu ayudante de laboratorio. Quizá con el barbero, o con el camarero de un restaurante cualquiera. Sacha, ¿siempre comes solo? Al final de tus largos informes científicos escribes: «Todo va bien, sigue nevando.» Normalmente trabajas de noche en el laboratorio porque así nadie se queja del frío. Claro que mañana, como es Navidad, no habrá nadie en todo el día, así que también trabajarás a la luz del sol. ¿Crees que eres feliz? ¿Crees que algo va a cambiar si no pones nada de tu parte? No te acostumbras a la situación. Pasé doce años en Alemania, dando clases, y todas las mañanas me ponía de rodillas y rezaba: «Señor, no me dejes olvidar que quiero irme de aquí.»